

El Ambiente Conjunto

Almirante William A. Owens, Armada de EE.UU.

Tomado de la revista *Joint Force Quarterly*, número de invierno de 1993-94.

EN LAS PRONUNCIACIONES del Pentágono, las operaciones conjuntas parecen ser consideradas como una realidad ineludible, y resulta prácticamente imposible encontrar a una sola persona que manifieste su oposición a las mismas. No obstante esta unanimidad con la cual estas operaciones son aprobadas, tal consenso está aún distante en los esfuerzos por llegar a un entendimiento profundo y claramente expresado respecto a la naturaleza de las operaciones conjuntas y a la forma en que deben ser conducidas. Hay ciertas áreas de coincidencia. La definición de las operaciones conjuntas implica la participación de más de una de las instituciones armadas, y creo que la mayoría de los oficiales también sostendrán que la razón fundamental por el empleo de elementos conjuntos en la conducción de una operación militar, es aumentar la eficacia en combate de la fuerza total.

Perspectivas Divergentes

Detrás de este común entendimiento, se encuentran por lo menos dos opiniones divergentes sobre cómo se deberían emplear los diferentes componentes de la fuerza para aumentar la eficacia en el combate. Una de estas opiniones favorece el empleo del componente de la fuerza que esté más capacitado para cumplir una misión determinada, lo cual implica que la mejor manera de aumentar la eficacia en combate de la fuerza global puede ser emplear a cada uno de sus elementos en las misiones para las cuales ha recibido entrenamiento especializado. Denominemos esta opinión el argumento por la especialización. La otra insiste en que una mayor eficacia en el combate es el resultado de la combinación de las fuerzas de tal manera que su desempeño colectivo sea mejor de lo que podría haberse logrado a través de la simple suma del empleo de las distintas fuerzas involucradas. Vamos a llamar esto el argumento

por la sinergia. Estas opiniones en realidad no representan las dos caras de una misma moneda en lo conjunto, y adoptar una de las dos inevitablemente produce diferentes modos de conducir las operaciones y estructuración de la fuerza.

Las discusiones sobre las operaciones conjuntas muchas veces recurren a la analogía de la “caja de herramientas”, la cual implica la advertencia de considerar a todas las fuerzas a disposición del comandante conjunto como si fueran los elementos comúnmente contenidos en una caja de herramientas. En esta analogía, el comandante de una fuerza conjunta puede sacar de la caja todas las fuerzas necesarias para cumplir la misión, aunque la mismas lleven el distintivo del Ejército, de la Armada, del Cuerpo de Infantería de Marina o de la Fuerza Aérea.

Un defensor de lo que he denominado el argumento por la especialización, diría que la analogía de la caja de herramientas es exactamente la correcta, y explicaría que un comandante conjunto abre la caja y selecciona la herramienta idónea para realizar una tarea determinada. Por ejemplo, si se le presenta la necesidad de planificar y conducir una campaña de bombardeo estratégico, el comandante de una fuerza conjunta le asignaría las misiones al componente de la fuerza más diestro en campañas de bombardeo estratégico, probablemente la Fuerza Aérea. Un defensor del argumento por la sinergia también diría que la analogía con la caja de herramientas fue exactamente acertada. Sin embargo, me explicaría que el comandante de una fuerza conjunta habría de confeccionar la herramienta adecuada, ensamblando las partes idóneas de los diversos componentes de la fuerza total. De esta forma, si una misión requiriera el bombardeo estratégico, el comandante de una fuerza conjunta emplearía la combinación más eficiente de todos los

Las discusiones sobre las operaciones conjuntas muchas veces recurren a la analogía de la “caja de herramientas”, la cual implica la advertencia de considerar a todas las fuerzas a disposición del comandante conjunto como si fueran los elementos comúnmente contenidos en una caja de herramientas. En esta analogía, el comandante de una fuerza conjunta puede sacar de la caja todas las fuerzas necesarias para cumplir la misión, aunque la mismas lleven el distintivo del Ejército, de la Armada, del Cuerpo de Infantería de Marina o de la Fuerza Aérea. . . Un defensor de lo que he denominado el argumento por la especialización, diría que la analogía de la caja de herramientas es exactamente la correcta, y explicaría que un comandante conjunto abre la caja y selecciona la herramienta idónea para realizar una tarea determinada.

medios aéreos de todas las instituciones armadas.

Las implicancias operacionales de estas dos perspectivas, a mi juicio, varían mucho en lo concerniente al empleo de la fuerza. La esencia de la especialización es diferenciar claramente las responsabilidades en combate según las especialidades de las fuerzas desplegadas y asignar a cada uno de los componentes sus propias misiones; quienes aboguen por la sinergia adoptan la perspectiva contraria, por lo menos en lo relacionado con la asignación de misiones. La especialización permite aprovechar las eficiencias inherentes en las tradiciones, doctrinas, disciplina y procedimientos integrales de una sola institución armada; la sinergia, por otra parte, combina las aptitudes de distintos componentes de acuerdo con las exigencias de una misión determinada, para así obtener una eficacia en combate mayor de la que cualquiera de las instituciones armadas pudiera alcanzar por su propia cuenta, como también de la que pudiera producir la suma de las contribuciones de las instituciones individuales.

Las dos perspectivas encuentran su propio hilo de lógica que conduce a cada una, a un entendimiento distinto de las operaciones conjuntas. La especialización, por ejemplo, finalmente implica un sistema de mando y control que mantiene separadas las responsabilidades

y operaciones de los diversos componentes de la fuerza total. La interacción entre estos elementos, según quienes se adscriben a esta posición, debería orientarse hacia el mantenimiento de las distinciones y la permanente separación de las líneas de responsabilidad, pues la claridad operacional les facilitará a todos los componentes comprometidos evitar cualquier confusión en la conducción de operaciones y posibilitarles alcanzar el máximo grado de eficacia en la ejecución de sus respectivas especialidades. También se encuentra un elemento de sinergia en este enfoque, pues si cada uno de los componentes militares cumple con las exigencias de sus respectivas misiones, el resultado será una guerra u operación eficaz y ejecutada sin trabas. Es decir, si los componentes de la Fuerza Aérea, la Armada y el Ejército se concentran en las campañas aérea, marítima y terrestre respectivamente, el resultado será beneficioso para la operación total. Los medios de la Fuerza Aérea no serán debilitados por la designación de vuelos en apoyo a las operaciones terrestres del Ejército; los recursos de la Armada no se agotarán ante la necesidad de proporcionar apoyo de fuego a la campaña terrestre y la destrucción de las fuerzas navales de un adversario; y los medios del Ejército no serán desviados para proteger a las bases de la Armada ni de la Fuerza Aérea. ¿Es ésta una extensión exagerada de la lógica inherente de este argumento? Así es. Pero es esencialmente esta lógica en que se fundamentan las defensas vigorosas de cada una de las instituciones armadas, en sus esfuerzos por justificar sus propios sistemas aéreos, logísticos y de comunicaciones.

La extensión lógica de la sinergia también produce problemas similares de irracionalidad. Cuando tales argumentos se llevan al extremo, por ejemplo, no sólo echan abajo las tradiciones, las doctrinas y los procedimientos de cada una de las instituciones armadas, sino que también terminan abogando por la unificación y la diferenciación entre las fuerzas, solamente en virtud de sus capacidades funcionales. Por más racional que sea tal conclusión, llevada a su extremo esta aproximación podrá minar el reclutamiento, el entrenamiento y la preparación de los hombres y mujeres que componen la fuerza, así como lo indica la experiencia vivida por los canadienses tras la implementación de una política de unificación.

He exagerado los dos argumentos con el fin de hacer resaltar las diferencias existentes entre los dos. En el mundo real, el contraste no resulta tan drástico y, así como lo ilustró la Operación *Desert Storm*, el empleo de la fuerza en un conflicto real probablemente ostentará características tanto de la especialización como de la sinergia. Sin embargo, resulta importante observar que en el fondo de la discusión se encuentran dos opiniones potencialmente divergentes sobre la naturaleza de las operaciones conjuntas. Ninguna ha prevalecido hasta el presente, aunque

El acorazado *USS Iowa* abre fuego de sus cañones principales, como parte de un ejercicio realizado en el Atlántico.



Foto: Departamento de Defensa

En breve, debemos avanzar más allá de la conducción de los ejercicios conjuntos, hasta que las operaciones conjuntas se realicen como cuestión de costumbre. Este objetivo presenta un desafío tanto a la actual estructura de mando conjunto como a todas las actividades emprendidas por las instituciones armadas durante tiempo de paz, excepto su participación en ejercicios conjuntos. Representa un reto a la estructura de mando existente por cuanto aboga por la creación de comandos conjuntos permanentes (a diferencia de las fuerzas de tarea conjuntas) a nivel táctico, el nivel que más comúnmente se compromete en la conducción bélica; específicamente, se refiere a los niveles de cuerpo de ejército, y flota y fuerza aérea numéricamente identificada.

las dos han influido en nuestro entendimiento del significado del propio término, “conjunto”. Esta situación me lleva a plantear dos sugerencias.

El Significado Práctico

La primera sugerencia es la de promover la conducción de actividades diarias de todas las fuerzas, tendientes a establecer un equilibrio práctico entre las dos perspectivas sobre la naturaleza de las fuerzas conjuntas. En años recientes las Fuerzas Armadas han avanzado mucho en este sentido, debido en gran medida al interés activo demostrado por el general Colin Powell en el desarrollo de un entendimiento profundo de las operaciones conjuntas. Hoy en día se están realizando más ejercicios conjuntos que en cualquier otro momento

desde el término de la II Guerra Mundial.

Sin embargo, difícilmente se puede reclamar que son excesivos. De mayor importancia, en todo caso creo que tenemos que precisar el significado práctico de lo conjunto y establecer dónde se encuentra realmente el equilibrio entre la especialización y la sinergia. En breve, debemos avanzar más allá de la conducción de los ejercicios conjuntos, hasta que las operaciones conjuntas se realicen como cuestión de costumbre. Este objetivo presenta un desafío tanto a la actual estructura de mando conjunto como a todas las actividades emprendidas por las instituciones armadas durante tiempo de paz, excepto su participación en ejercicios conjuntos. Representa un reto a la estructura de mando existente por cuanto aboga por la creación de comandos conjuntos permanentes (a

El papel de la Armada en apoyar este proceso tradicionalmente se ha reflejado en la velocidad con la cual resulta posible transportar vía marítima todos los materiales y las armas a los puntos de desembarque previstos. También hay otras maneras en las cuales la Armada puede cooperar para acelerar la reunión de la potencia necesaria del Ejército en ultramar. Por ejemplo, puede proporcionar los medios de detección requeridos para la defensa antiaérea y antimisil, y también puede cooperar en el establecimiento de los mismos, pues dichos medios constituyen una parte clave de la reunión secuencial de la potencia del Ejército. Otra actividad de apoyo es detener el avance de las fuerzas terrestres enemigas por medio de la adecuada orientación de los medios de vigilancia, la inteligencia y los fuegos de aeronaves tácticas, cañones navales, y misiles con base en el mar, incluyendo el misil *Tomahawk* de ataque terrestre y las versiones navales del Sistema de Misiles Tácticos del Ejército.

diferencia de las fuerzas de tarea conjuntas) a nivel táctico, el nivel que más comúnmente se compromete en la conducción bélica; específicamente, se refiere a los niveles de cuerpo de ejército, y flota y fuerza aérea numéricamente identificada. En la actualidad los comandos conjuntos sólo existen en los niveles superiores a estas unidades. Si bien los comandos de las fuerzas de tarea conjuntas sí alcanzan el nivel táctico, éstos se forman casi siempre para conducir una operación determinada. Sin embargo, lo que yo sugiero es una especie de comando permanente de las fuerzas conjuntas bajo la dirección de un teniente general responsable de una región, quien ejercerá el mando operacional directo sobre las unidades provenientes de todas las instituciones armadas destinadas en su zona jurisdiccional y que normalmente sólo integran un comando conjunto identificable en caso de una operación o crisis en particular.

Un Entendimiento Interino

El significado práctico de “lo conjunto” se deriva esencialmente de la promoción de ejercicios conjuntos y operaciones conjuntas, y seguirá puliéndose a medida que las fuerzas operacionales vayan resolviendo varia-

dos aspectos implicados en las operaciones conjuntas. Las Fuerzas Armadas no pueden darse el lujo de dejar de pensar en cómo deberían materializarse las operaciones conjuntas hasta el momento que se defina todos los detalles de las mismas. Nosotros, los integrantes de la Armada, somos quienes más necesitamos una definición exacta de todo lo que implican las operaciones conjuntas, porque nuestro compromiso a las mismas se refleja tanto en la manera en que esperamos emplear la fuerza naval como en el diseño, la estructura y la magnitud de las fuerzas navales del futuro. En documentos tales como “. . . *From the Sea*” (Desde el mar), hemos afirmado formalmente que la función principal de las fuerzas navales es “posibilitar la conducción de operaciones conjuntas en las regiones litorales”, y hemos declarado ante el Congreso y al pueblo estadounidense nuestra intención de desarrollar una Armada más capaz de lograr justamente eso.

Ahora bien, volvamos a la distinción entre las dos nociones del significado de “conjunto”. La Armada debería defender el argumento a favor de la sinergia porque tal idea resulta mucho más compatible con el concepto de “posibilitar”.

Posibilitar las Operaciones Conjuntas

Algunos han sostenido que el acto de posibilitar es temporal de naturaleza, por cuanto se refiere primordialmente a la capacidad de las fuerzas navales basadas en ultramar para llegar antes que cualquier otra fuerza al escenario de una crisis eventual; y si resulta imposible controlar la crisis, le corresponde a la Armada asegurar cabezas de playa y preparar para la llegada de las fuerzas terrestres y de los medios aéreos con base en el terreno. Una vez que logre lo anterior, según este argumento, la fuerza naval lucha al lado de las demás fuerzas y, tras el logro de los objetivos de la operación y la retirada de los elementos terrestres y aéreos, se encarga de las misiones posteriores al conflicto. Creo que esto forma una parte importante de lo que la Armada quiere decir al referirse a la misión de “posibilitar”.

Sin embargo, el término implica más que esto. Creo que el concepto de posibilitar debería extenderse a través de estas fases, y que las fuerzas navales deberían operar continuamente con el propósito de apoyar y facilitar las operaciones de los componentes de las demás instituciones armadas que también participarán en el conflicto. Deberíamos operar naturalmente de tal forma que ayudemos al Ejército y a la Fuerza Aérea en el cumplimiento de sus respectivas funciones. Esto no plantea un papel singular ni subordinado para las fuerzas navales; en efecto, la Fuerza Aérea y el Ejército también deberían agregar este mismo concepto de posibilitar a sus doctrinas operacionales. Tampoco significa

que la Armada pueda ni deba abandonar su enfoque clásico en el control de los mares, aunque los mares serán muy probablemente los litorales del mundo en un futuro previsible. Empero, para la Armada, significa formarse un buen entendimiento de las prioridades de las operaciones conducidas tanto durante un conflicto como en tiempo de paz, según las perciben las demás instituciones militares, y luego realizar sus propias operaciones conforme con esta visión.

En aras de ilustrar este punto, quisiera sugerir cómo las fuerzas navales pueden apoyar algunos de los intereses del Ejército y de la Fuerza Aérea, respectivamente, en la guerra litoral. En lo relacionado con el Ejército, voy a emplear un ejemplo sacado de los problemas enfrentados por los planificadores del Ejército en el desarrollo del concepto de su fuerza expedicionaria; respecto a la Fuerza Aérea, me sirvo de un tema que hace ya mucho tiempo es de gran interés para los teóricos de la potencia aérea: el bombardeo estratégico.

El Desarrollo de la Potencia Terrestre

Al reconocer los cambios producidos en el mundo, y especialmente ante la probabilidad de combatir en países donde no se han desplegado fuerzas estadounidenses previamente, el Ejército viene formándose un entendimiento de lo que es la guerra expedicionaria. Éste no es el foro adecuado para una discusión detallada del concepto emergente;¹ sin embargo, un aspecto clave del mismo es la necesidad de reunir rápida y secuencialmente el poder requerido en una región en la cual va a ocurrir un conflicto. En pocas palabras, la solución del Ejército al problema de reunir a una fuerza abrumadora de las armas combinadas, en forma rápida y en un ambiente potencialmente hostil, se orienta hacia el despliegue de unidades en una secuencia lógica; vale decir, que las primeras unidades en llegar al escenario serán aquellas más aptas para preparar el teatro, en el sentido logístico, previo al arribo de las unidades más grandes y más pesadas, y para brindarles protección durante la fase de su llegada. De ahí que, el Ejército normalmente planifique el despliegue inmediato de aquellas unidades capaces de protegerse a sí mismas y de cumplir funciones de defensa antiaérea y antimisil balístico.

Hace mucho tiempo que la concentración secuencial del poder viene considerándose como un principio central de la perspectiva del Ejército sobre la guerra expedicionaria, y el Ejército reconoce, desde hace mucho, la tensión inherente entre la reunión de su poder en forma secuencial y defendible, y la necesidad de lograr tal objetivo con velocidad. A las unidades que llegan inicialmente a la zona de conflicto, les toma tiempo para instalarse, y la rapidez con la cual las unidades subsiguientes puedan llegar y asumir sus posiciones se resuelve en función de la disponibilidad de los medios suficientes de transporte y recepción. El transporte aé-

Algunos han sostenido que el acto de posibilitar es temporal de naturaleza, por cuanto se refiere primordialmente a la capacidad de las fuerzas navales basadas en ultramar para llegar antes que cualquier otra fuerza al escenario de una crisis eventual; y si resulta imposible controlar la crisis, le corresponde a la Armada asegurar cabezas de playa y preparar para la llegada de las fuerzas terrestres y de los medios aéreos con base en el terreno. Una vez que logre lo anterior, según este argumento, la fuerza naval lucha al lado de las demás fuerzas y, tras el logro de los objetivos de la operación y la retirada de los elementos terrestres y aéreos, se encarga de las misiones posteriores al conflicto. Creo que esto forma una parte importante de lo que la Armada quiere decir al referirse a la misión de "posibilitar".

reo, el medio más rápido para desplegar a las fuerzas, siempre será constreñido por su limitada capacidad para entregar todos los medios deseados por todos los elementos desplegados en un teatro de operaciones. Tales constreñimientos demoran la reunión de una potencia terrestre adecuada.

El papel de la Armada en apoyar este proceso tradicionalmente se ha reflejado en la velocidad con la cual resulta posible transportar vía marítima todos los materiales y las armas a los puntos de desembarque previstos. También hay otras maneras en las cuales la Armada puede cooperar para acelerar la reunión de la potencia necesaria del Ejército en ultramar. Por ejemplo, puede proporcionar los medios de detección requeridos para la defensa antiaérea y antimisil, y también puede cooperar en el establecimiento de los mismos, pues dichos medios constituyen una parte clave de la reunión secuencial de la potencia del Ejército. Otra actividad de apoyo es detener el avance de las fuerzas terrestres enemigas por medio de la adecuada orientación de los medios de vigilancia, la inteligencia y los fuegos de aeronaves tácticas, cañones navales, y misiles con base en el mar, incluyendo el misil *Tomahawk* de ataque terrestre y las versiones navales del Sistema de Misiles Tácticos del Ejército.

La agilidad de los sistemas basados en el mar, les posibilita desplegarse de tal forma de facilitar la defen-

Al reconocer los cambios producidos en el mundo, y especialmente ante la probabilidad de combatir en países donde no se han desplegado fuerzas estadounidenses previamente, el Ejército viene formándose un entendimiento de lo que es la guerra expedicionaria. . . . un aspecto clave del mismo es la necesidad de reunir rápida y secuencialmente el poder requerido en una región en la cual va a ocurrir un conflicto. En pocas palabras, la solución del Ejército al problema de reunir a una fuerza abrumadora de las armas combinadas, en forma rápida y en un ambiente potencialmente hostil, se orienta hacia el despliegue de unidades en una secuencia lógica; vale decir, que las primeras unidades en llegar al escenario serán aquéllas más aptas para preparar el teatro, en el sentido logístico, previo al arribo de las unidades más grandes y más pesadas, y para brindarles protección durante la fase de su llegada. De ahí que, el Ejército normalmente planifique el despliegue inmediato de aquellas unidades capaces de protegerse a sí mismas y de cumplir funciones de defensa antiaérea y antimisil balístico.

sa antiaérea y antimisil de cualquier zona costera. Operacionalmente, esto quizás signifique la extensión de una especie de “paraguas” defensivo sobre diversos sistemas, tales como el misil defensivo *Patriot* y la Defensa de la Zona de Mayor Altitud del Teatro de Operaciones (*THAAD – Theater High Altitud Area Defense*), por cuanto protege aquellas zonas en las cuales se establecen los sistemas de defensa antiaérea y antimisil basados en el terreno. En un conflicto regional, en el cual se premia la rápida reunión de las fuerzas basadas en el terreno, los medios de defensa de teatro basados en el mar pueden ser especialmente beneficiosos. Esto se debe a la magnitud del esfuerzo de transporte aéreo requerido para transportar un sistema defensivo basado en el terreno. El emplazamiento de una batería de misiles *THAAD* con la misión de proteger contra los misiles ofensivos enemigos, desgasta la capacidad de transporte aéreo. Un comandante regional que enfrenta un posible ataque de misiles estará interesado en establecer los medios de defensa adecuados para protegerse con-

tra tal ataque como primera prioridad en el proceso de despliegue, pero el empleo de los medios a su disposición para el transporte aéreo de un sistema defensivo basado en el terreno agotará las capacidades de transporte precisamente en el momento cuando las múltiples exigencias de transporte serán las más intensas.

El sistema basado en el mar podría aliviar la competencia por el transporte aéreo en dos maneras: proporcion a un paraguas defensivo para permitir la introducción posterior de un sistema basado en el terreno; o elimina completamente la necesidad de desplegar un sistema basado en el terreno.

El Compromiso Cooperativo y Pases Adelantados

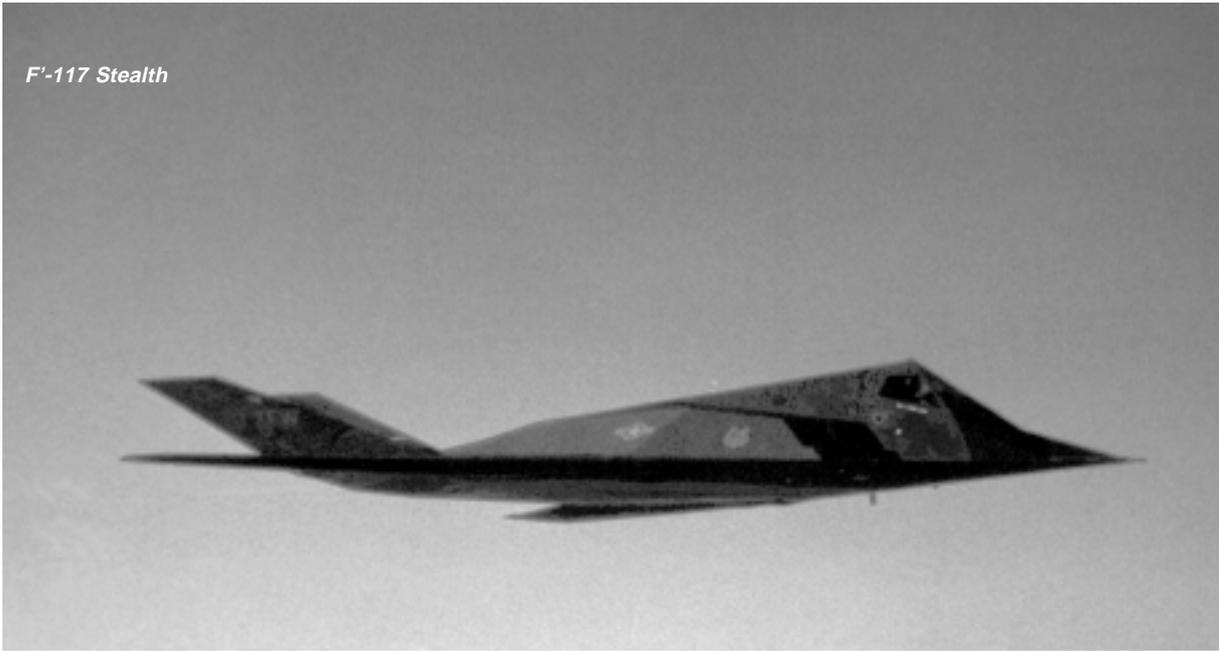
Un enfoque más sinérgico sería el despliegue del radar de control de fuego del sistema basado en la tierra, vinculándolo con los misiles *Aegis* en el mar. Los requisitos exigentes impuestos a los medios de transporte aéreo en aras de establecer un sistema de defensa antimisil, basado en el terreno, son generados principalmente por el transporte de los misiles de sistemas tales como el *THAAD* y sus respectivos componentes de apoyo. Así es que, sólo con transportar los sistemas de radar, sería posible disminuir las exigencias impuestas a los medios aéreos justamente en el momento de máxima competición por los mismos. La idea fundamental es desplegar un sistema de defensa antiaérea y antimisil capaz de utilizar radares basados en la tierra para detectar, rastrear y controlar desde el mar los misiles lanzados por el enemigo para así poder interceptarlos.

Los medios de sincronización y comunicaciones requeridos para apoyar este concepto del “pase adelantado” son tecnológicamente factibles. Permitirían a los radares de adquisición de blancos y control de fuego basados en la tierra, quizás ubicados al borde de la zona protegida por el sistema de defensa basado en el mar (siendo ésta una función principalmente del alcance del radar de control de fuegos en la línea de mira a bordo del buque *Aegis*), precisar el sector en el cual habrán de lanzarse los interceptores basados en el mar, para luego asumir el control de dichos misiles y lograr la destrucción directa de los misiles y aeronaves ofensivos del enemigo. En efecto, este arreglo cooperativo habría de extender el alcance del poder destructivo de la plataforma de lanzamiento de misiles basada en el mar, reduciendo al mismo tiempo las demandas impuestas a los medios de transporte aéreo; todo lo anterior, en aras de permitir la introducción más rápida de otras fuerzas terrestres y basadas en el terreno.

Posibilitando el Bombardeo Estratégico

El concepto del bombardeo estratégico nació de la búsqueda de una manera de evitar el horror sangriento del desgaste de la fuerza terrestre en la guerra. En su

F'-117 Stealth



El empleo eficiente de los medios de ataque también significa que la campaña de bombardeo estratégico no debería dejarse constreñir por las condiciones meteorológicas ni por el hecho de que la luz diurna afecta las características de las aeronaves *Stealth B-2* y *F-117* que les permiten eludir los radares del enemigo. Es decir, el éxito de una campaña de bombardeo estratégico depende de nuestra capacidad para romper, en forma más o menos simultánea, los muchos lazos en el sistema de mando y control del enemigo, y mantenerlos rotos por un extenso período. Esto sencillamente no se puede lograr si atacamos exclusivamente de noche y, puesto que la ventaja ofrecida por la tecnología *stealth* es mayor en la noche, resulta necesario utilizar otros medios aéreos para continuar la campaña durante el día.

forma moderna, es una expresión clara e intelectualmente convincente de la diferencia entre la fuerza decisiva y la abrumadora. Es decir, uno de los argumentos comúnmente repetidos en el reciente torrente de obras escritas sobre la teoría del bombardeo estratégico, sostiene que es posible derrotar a un enemigo mediante la concentración de la potencia aérea propia contra los centros de comando, control y logística que vinculan a los comandantes enemigos con sus fuerzas. A través de la destrucción casi simultánea, relativamente rápida y sostenida de tales nexos, según los planteamientos de dicho argumento, se logra la desintegración y parálisis de las operaciones de un adversario. Las municiones guiadas de precisión, combinadas con la adquisición rápida, completa, sistemática y acertada de blancos y la evaluación oportuna y correcta de los daños sufridos en combate, son los elementos que posibilitan ese nivel de destrucción.² La campaña de bombardeo que puede resultar de la combinación de este argumento con la tecnología militar más avanzada, es un ejemplo de una fuerza decisiva, a diferencia de una fuerza

abrumadora, por cuanto logra los objetivos de la guerra sin aniquilar a las fuerzas enemigas.

El éxito potencial de las campañas de bombardeo estratégico, y la validez de la teoría que las respalda, son cuestiones contenciosas debido, en gran medida, a que muchas personas las consideran como un argumento a favor de la transferencia de medios a la Fuerza Aérea. Si bien yo personalmente creo que tales inquietudes no son justificadas, éste no es el foro adecuado para debatir el tema. Sin embargo, sí es importante destacar tres aspectos fundamentales de las campañas de bombardeo estratégico. Primero, aunque se denominen o no “campañas de bombardeo estratégico”, el interés en emplear la fuerza para tales efectos forma una parte clave e integral de la aproximación al conflicto adoptada por Estados Unidos. Segundo, debido a lo anterior, el problema que actualmente enfrentan las fuerzas navales no tiene que ver con si dicha teoría está totalmente correcta, sino que gira en torno a la mejor forma de contribuir al éxito de las campañas de bombardeo estratégico. Tercero, la respuesta a esta pregunta depende del grado de coope-

ración entre las distintas instituciones militares en la conducción de campañas. El éxito en las campañas de bombardeo estratégico se alcanzará producto de las operaciones conjuntas; tales campañas no pueden ser de incumbencia de una sola institución.

Es más, ¿qué significa cuando uno dice que las fuerzas navales deberían posibilitar una campaña de bombardeo estratégico y, en particular, cuál debería ser su relación con la Fuerza Aérea? La respuesta se encuentra parcialmente en los elementos claves de una campaña exitosa de bombardeo estratégico, dos de los más importantes siendo la obtención oportuna de inteligencia acertada sobre el plan operacional del enemigo, como asimismo sobre los puntos y enlaces vitales de mando y control a través de los cuales se implementan tal plan; el segundo elemento clave es el empleo juicioso y eficiente de todos los medios militares capaces de batir los objetivos potenciales identificados.

La inteligencia acertada, oportuna y completa constituye el requisito previo imprescindible para el éxito de una campaña de bombardeo estratégico, pues si se alcanzan los objetivos equivocados sin al mismo tiempo batir los puntos realmente críticos para las operaciones militares enemigas, entonces se anula la inmensa ventaja potencial brindada por las municiones guiadas de precisión. Así como consta en uno de los manuales doctrinarios de la Fuerza Aérea, “La potencia aérea reside en la identificación de objetivos y ésta, es una función de inteligencia”. Muchos objetivos que resultan ser vitales en una campaña de bombardeo estratégico se pueden discernir mucho antes que un adversario asuma una actitud agresiva. Se encuentran incorporados en la infraestructura nacional, y muchos —incluyendo tales blancos como caminos, puentes, y las torres de transmisiones requeridas en la conducción de operaciones militares— son realmente objetivos fijos. No cambian ni se mueven durante la prosecución de la campaña de bombardeo. Sin embargo, la identificación acertada de tales objetivos exige el conocimiento de cuáles son los blancos potencialmente importantes y dónde se ubican los puntos críticos para las operaciones enemigas una vez que comiencen las operaciones. Esto es más complicado. Tales conocimientos dependen de la vigilancia e inteligencia previas al conflicto, y de la capacidad, después de iniciadas las hostilidades, de dar seguimiento tanto a los esfuerzos propios por destruir los puntos vitales del enemigo como a los esfuerzos enemigos por superar o evitar nuestro bombardeo.

Ninguna de las instituciones militares es capaz de lograr todo lo anterior por su propia cuenta. El problema es sencillamente demasiado complejo y exigente. No obstante, todos los componentes de la fuerza, trabajando al unísono, pueden recolectar, procesar, analizar y distribuir la información necesaria. La contribución de

las fuerzas navales será esencial, por cuanto les corresponderá cumplir las funciones de vigilancia e inteligencia antes, durante y después de las campañas de bombardeo estratégico. Disponen de una amplia diversidad de plataformas para realizar tales actividades, desde submarinos que se emplean para la obtención sigilosa de información, a las plataformas en la superficie que recolectan todo el espectro de señales de inteligencia, a las aeronaves navales (tripuladas y no tripuladas), hasta el personal en el terreno. Junto con estos medios, los elementos navales pueden aprovechar las redes a través de las cuales se transmite información de otras fuentes para proporcionar inteligencia y evaluaciones sobre los hechos en el terreno que facilitan la identificación acertada y destrucción de objetivos.

El empleo juicioso y eficiente de los medios de ataque es otro componente necesario para lograr el éxito en el bombardeo estratégico. La eficiencia radica, en parte, en la selección eficaz y cuidadosa de los objetivos y su destrucción precisamente en el momento en que tendrá el mayor impacto. Esto también requiere que cada uno de los medios de ataque comprometidos en la campaña rinda la máxima potencia destructiva, lo cual se obtiene a través de la estrecha coordinación con las fuerzas participantes y de apoyo.

Los bombarderos de sigilo (*Stealth*) *B-2* y las aeronaves de ataque *F-117* son medios eficaces, mortíferos y eficientes. Su característica de sigilo permite su empleo en aquellas zonas donde un adversario cuenta con fuertes defensas antiaéreas y, debido a su alto nivel de supervivencia, las aeronaves y sus pilotos pueden empeñarse en repetidas misiones. Dotados de las municiones guiadas de precisión, pueden destruir efectivamente todo tipo de objetivo en un sólo vuelo. Esta eficacia es aún mayor cuando simultáneamente, se realizan ataques de diversión con aeronaves pertenecientes a la Armada; cuando las defensas antiaéreas son suprimidas por medios navales tripulados o no tripulados, incluyendo aeronaves de ataque o de guerra electrónica y misiles cruceros; cuando los medios aéreos tripulados y no tripulados de la Armada proporcionan información actualizada en tiempo real sobre los objetivos; y cuando resulta necesario rescatar a pilotos, actividad que, en algunos casos, sólo pueden llevar a cabo las fuerzas navales presentes en el teatro de operaciones.

El empleo eficiente de los medios de ataque también significa que la campaña de bombardeo estratégico no debería dejarse constreñir por las condiciones meteorológicas ni por el hecho de que la luz diurna afecta las características de las aeronaves *Stealth B-2* y *F-117* que les permiten eludir los radares del enemigo. Es decir, el éxito de una campaña de bombardeo estratégico depende de nuestra capacidad para romper, en forma más o menos simultánea, los muchos lazos en el sistema de mando y control del enemigo, y mantenerlos rotos por un extenso período. Esto sencillamente no se puede lograr si atacamos exclusivamente de noche y, puesto que la ventaja

ofrecida por la tecnología *stealth* es mayor en la noche, resulta necesario utilizar otros medios aéreos para continuar la campaña durante el día. Durante las horas de luz, el arma más eficaz contra los objetivos fuertemente defendidos probablemente será el misil *Tomahawk*, el cual se lanza desde el mar para alcanzar objetivos en la tierra.

Finalmente, el empleo eficiente de los medios de ataque significa que, en algunos casos, no deberían desviarse para realizar misiones de defensa antiaérea y que su eficiencia general depende de la seguridad brindada por los medios propios de defensa antiaérea. A raíz de la Operación *Desert Storm* se produjo un debate intenso sobre la relativa importancia del aporte de la aviación naval en el éxito de la campaña de bombardeo contra Irak. Gran parte de la discusión se concentró estrechamente en la cuestión de cuántas municiones guiadas de precisión fueron empleadas por la Fuerza Aérea y la Armada, respectivamente, junto con otros recuentos igualmente insignificantes que dejaron de fijarse en la lección principal. Una razón por la eficacia de los aviones caza tácticos de la Fuerza Aérea en las misiones de bombardeo, por ejemplo, fue porque los medios de aviación de la Armada ya controlaban los cielos sobre el Golfo Pérsico. Caso contrario, la Fuerza Aérea habría tenido que desviar sus aeronaves de sus misiones ofensivas para emplearlas en misiones de defensa antiaérea. Éste es el tipo de sinergia que muchas veces se pasa por alto, aunque es un ejemplo excelente de la contribución de las aeronaves navales al éxito de la campaña aérea en la Guerra del Golfo Pérsico.

El elemento clave al éxito en las campañas de bombardeo estratégico es el empleo eficaz de las municiones guiadas de precisión, el cual depende, en primeras instancias, de la conducción coordinada de las misiones de vigilancia e inteligencia acertadamente enfocadas. Esto se puede lograr a través de la adecuada combinación de las capacidades de todas las instituciones armadas con la perspectiva especial de los medios nacionales basados en el espacio. Implica el establecimiento de vínculos operacionales prácticos entre los medios de la Fuerza Aérea —tales como las aeronaves *Rivet Joint RC-135*, que cumplen misiones de vigilancia y reconocimiento electrónicos— con medios parecidos proporcionados por las fuerzas navales, incluyendo las aeronaves *EP-3* y *ES-3*. Juntos, estos medios pueden producir una carta electrónica más exacta del enemigo y la disposición de sus fuerzas de la que puede elaborar

cualquiera de los dos elementos por sí solo. También significa combinar los medios tácticos de estos dos componentes de la fuerza total. Los vehículos tripulados y no tripulados pertenecientes a la Armada y a la Fuerza Aérea son capaces de proporcionar una imagen más precisa y más completa de la campaña de lo que puede hacer cualquiera de estos componentes, operando por su propia cuenta. Esto implica la conducción coordinada de actividades de planificación, en las cuales el personal de todos los componentes participantes se reúnen de la misma forma como lo hacen rutinariamente previo a la realización de otras actividades conjuntas, incluyendo juegos de guerra, seminarios y una amplia diversidad de otras operaciones cotidianas.

Todo lo anterior nos lleva a reconsiderar el punto central. La cuestión relativa a cuán deseables que son las operaciones conjuntas se resolvió hace mucho tiempo. Todo el mundo coincide en que forman una parte permanente del panorama militar, y que así debe ser debido fundamentalmente a que aumentan la eficacia con la cual la Nación emplea su potencia militar. La pregunta que aún queda sin contestar se relaciona con el significado de “lo conjunto” en un sentido práctico, definición que sólo puede ofrecer la experiencia, a través de la conducción de experimentos, el desarrollo de la doctrina y la realización de ejercicios militares. Pero no nos dejemos engañar. Si bien las tendencias actuales son favorables, nos queda un largo camino por recorrer antes que nos sea posible afirmar que hemos convertido la retórica en realidad en lo que guarda relación con la característica de conjunto. Si hemos de completar esta importante transición, tendremos que seguir adelante, pues hacer que las operaciones conjuntas sean cosa rutinaria en las Fuerzas Armadas significa continuar las innovaciones, efectuar cambios organizacionales, y creer profundamente que las operaciones conjuntas son las que deberíamos realizar. **MR**

NOTAS

1. El Ejército ofrece muchas evidencias de esto. Ver, por ejemplo, Gordon R. Sullivan, “Moving into the 21st Century: America’s Army and Modernization”, *Military Review* (julio de 1993, edición en inglés), y “Projecting Strategic Land Combat Power”, *Joint Force Quarterly*, número 1 (verano de 1993).

2. Ver Buster C. Glossen, “The Impact of Precision Weapons on Air Combat Operations”, *Airpower Journal*, tomo 7, número 2 (verano de 1993).

El almirante William A. Owens sirve en calidad de vice presidente de los Jefes Conjuntos de Estado Mayor. Es graduado de la Academia Naval en Annapolis, Maryland, y obtuvo el grado de maestría de la Universidad de Oxford, y el de maestría en administración comercial de la Universidad de George Washington. Entre sus destinos anteriores se destacan el de Subjefe de las Operaciones Navales para la Provisión de Recursos, Requisitos y Evaluaciones de la Conducción Bélica; comandante de la Sexta Flota; y comandante de las Fuerzas Navales de Ataque y Apoyo en Europa del Sur.